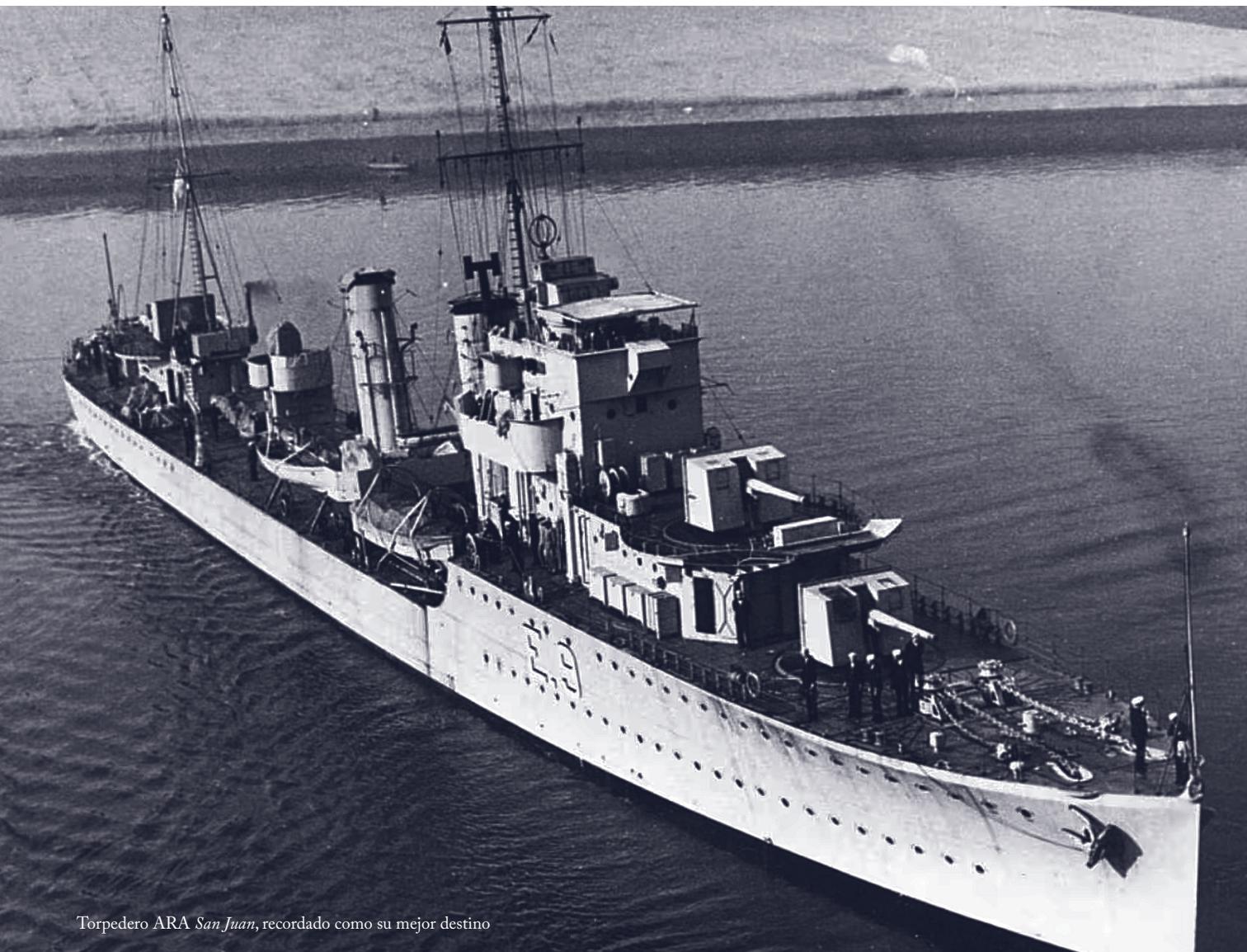


Anécdota del istmo

EL GRAN PROYECTO DEL VICEALMIRANTE LUIS F. MERLO FLORES

Señor Luis A. Merlo Flores



Torpedero ARA *San Juan*, recordado como su mejor destino

El Señor Luis Arturo Merlo Flores pasó la mayor parte de su niñez en Puerto Belgrano. Estuvo en la Escuela Naval Militar desde 1945 hasta 1949.

Estudió en la George Washington University (EE. UU. 1949-1951), es Ingeniero Civil de la UBA (1951-1957) y Oficial de la reserva aeronaval (Instr. Tte. Urtubey, 1954), Columbia University postgrado (EE. UU., 1957).

Se desempeñó como Ammann&Whitney Design Engineer (NYC, 1957-1958), Caterpillar Tractor Co. Service Engineer (1958-1961), Galion Iron Works International Marketing Manager (1962-1965), Allis Chalmers Marketing Manager Western Europe and Africa (1965-1977), Presidente Grove Cranes International Bruselas (1977-1980), VP automóviles Fiat Concord BAires (1980-1981), Consultor de empresas y aprendiz de escritor.

Corría el año 1947, y me encontraba de vacaciones de la Escuela Naval cuando mi padre, el entonces Capitán de Navío Luis F. Merlo Flores, a la sazón comandante de la primera flotilla de torpederos, me invitó a que lo acompañara en un crucero por la Patagonia en el torpedero *San Juan*. Acepté encantado, y partimos de Puerto Belgrano con destino a la península de Valdés. El destructor fondeó en el golfo de San Jorge, al pie de unos enormes acantilados arriba de los cuales existía un antiguo fuerte español donde aún se encontraban varios de sus grandes cañones.

A mi padre se le ocurrió la idea de llevarse un cañón, tal vez para exponerlo en el Museo de la Marina. La tripulación del torpedero armó un aparejo para bajar el cañón utilizando los cabrestantes del barco. Sin embargo, a pesar de su moderna tecnología, fracasaron en su intento de bajar el cañón debido a su excesivo peso. Ello nos hizo cavilar sobre cómo se la habían ingeniado los españoles con sus medios mucho más primitivos para subirlos al acantilado.

En una de las playas del golfo, había gran cantidad de lobos marinos, y nos acercamos con una lancha. Al ver un importante grupo de personas desembarcando, los lobos entraron en pánico y se lanzaron a correr hacia el agua para ponerse a salvo. Casi todos los lobos terminaron en el agua, pero alcancé a recoger una pequeña cría que más tarde llevé a bordo y tuve un tiempo conmigo en Puerto Belgrano. Como se alimentaba de peces, le había puesto un chaleco atado a una cuerda y la tiraba al mar desde el muelle para que pescara y se alimentara. Al cabo de una semana, pensé que no era vida para el lobo marino y lo tiré al mar por última vez sin el chaleco. Se alejó nadando tan contento...

A continuación del incidente con los lobos, mi padre acercó el *San Juan* al istmo de la península y, frente a él, nos explicó cuál era su gran proyecto para dar energía a toda la nación. Su idea se basaba en el hecho de que los golfos de San Jorge y San Matías se encuentran a uno y otro lado de la península de Valdés y tienen una importante diferencia respecto de las mareas, de manera que se produce un fuerte desnivel entre ambos. El proyecto consistía en instalar turbinas reversibles en el istmo que, utilizando la fuerza de las mareas, produjeran electricidad.

La capacidad que se deseara producir dependía del número de turbinas, solo era cuestión de instalar todas las necesarias. Se trataba de una energía no solo limpia sino barata (únicamente el costo de la instalación y el mantenimiento).

En aquellos años, el problema al que se enfrentaba el gran proyecto era la transmisión de la electricidad si esta tenía que llegar al conurbano bonaerense e, incluso, al resto del país. No obstante, cuando planteó el proyecto ante el gobierno, ni siquiera se molestaron en investigarlo.

Se precisaban grandes transformadores para elevar al máximo la tensión, pero la importante pérdida de energía, al ser transmitida por cable debido a los miles de kilómetros de distancia, hacía que el proyecto fuera cuestionable a gran escala.



Sin embargo, bien se podría haber encarado para proveer electricidad a los centros cercanos, como Comodoro Rivadavia, Madryn, Viedma e, incluso, Bahía Blanca. En el futuro, solo era cuestión de incrementar la cantidad de turbinas para producir toda la electricidad necesaria.

Han transcurrido más de setenta años desde entonces y, en la actualidad, una empresa neozelandesa ha desarrollado un método de transmisión de electricidad que no requiere cable alguno. EMROD (tal el nombre de la citada empresa) presenta un sistema que recrea las ideas de Nikola Tesla al proponer un sistema en el que la energía eléctrica se transmite mediante ondas electromagnéticas.

Esta tecnología tiene tres elementos clave: una antena transmisora, una antena rectificadora (receptora) y el haz de energía electromagnética que existe entre las dos antenas. En el lado transmisor, la electricidad se convierte en energía electromagnética. Mediante una tecnología patentada de EMROD, esta se transforma en un haz que minimiza las pérdidas atmosféricas y de dispersión. Se pueden colocar relés altamente eficientes entre las antenas transmisora y receptora para redirigir el haz y aumentar la distancia de transmisión. Si bien aún se encuentra en etapa de pruebas, en caso de que su evolución resultara exitosa, podría ser una alternativa eficiente para la transmisión de energía a los centros de consumo lejanos.

La Argentina pudo haber iniciado el proyecto, aunque se limitara a proveer electricidad a centros cercanos. La posibilidad de ampliarlo siempre estaría presente. No obstante, desgraciadamente los gobiernos argentinos de las últimas décadas no están por la labor de fomentar el progreso, sino de mantener e incluso contribuir a la actual decadencia.

Confío en que algún día se lleve a cabo este proyecto que aportaría una energía no contaminante, económica e ilimitada, y espero que cuando lo pongan en marcha tal vez se tome en cuenta que fue el Vicealmirante Luis F. Merlo Flores quien lo propuso en su día. ■

Dos "Luis" juntos desfilando en 1947 con la Escuela Naval: el almirante y el cadete Merlo Flores.

